



***Vicente Blasco Ibáñez. Sueños de un revolucionario.***

***Entrevistas***

Edición y prólogo de Emilio Sales y Francisco Fuster

Fórcola Ediciones, Madrid, 2019

237 páginas

Reseña por Francesc-Andreu Martínez Gallego

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/RiHC.2019.i12.21>

## EL JINETE DE LA REVOLUCIÓN, A LOMOS DE LA INTERVIÚ

Fue El Caballero Audaz, José María Carretero, quien dijo, allá por 1921, que la interviú «es el arma más poderosa del arte moderno. Por ella, nuestra época y los hombres contemporáneos serán mejor estudiados y sus figuras quedarán mejor delineadas que ningunas otras ante la posteridad». La interviú era, en todo caso, un arma del nuevo periodismo: los periódicos norteamericanos comenzaron a emplearla a finales de la

década de 1830, pero tardó en aparecer en la prensa española, emergiendo a finales del siglo XIX y principios del XX. Una entrevista es un interrogatorio y la calidad del resultado suele tener más que ver con las preguntas que con las respuestas. A no ser que quien responde esté muy acostumbrado a preguntar, en cuyo caso es muy capaz de empatizar con el cuestionador y hasta de solucionarle la papeleta del género periodístico. Y es el caso. Blasco, monaguillo antes que fraile. Periodista antes que entrevistado.

Emilo Sales y Francisco Fuster han recopilado veinticinco entrevistas que diversos periodistas realizaron a Vicente Blasco Ibáñez, el célebre novelista valenciano fundador de los periódicos *La Bandera Federal* y *El Pueblo*, y que se publicaron entre 1910 y 1929. A Blasco no es necesario tirarle de la lengua. Es pura efervescencia y calidez. Cuando se le aproxima un periodista, rompe el hielo con un ¡che! localista y se lanza a contar su vida aventurera, cosmopolita, con el candor de quien sabe que tiene muchas cosas por descubrir y una vida pintoresca a las espaldas. Si su verbo imantaba a las masas y su oratoria era flamígera y movilizadora, cómo no iba a cautivar al periodista acostumbrado a entrevistas en las que la forma ahormaba el fondo, frecuentemente ligero. Aquí sucede lo contrario: el fondo, la vida, es inconmensurable y el vividor no necesita florilegios verbales para sazónarla. Se sazona sola.

Si hay una palabra que Blasco Ibáñez reitera a quienes le interrogan, esa es la de agitador. Por tal se tiene. Cuenta su vida a la velocidad que la vive, que es muy superior a la de la media de los mortales de su época. De cualquier época. No se las da modesto, porque sabe de su singularidad. Que todo el mundo sepa que gana el dinero a espuestas, y que se lo gasta a raudales. Pero también que es capaz de arriesgarlo todo por aquello en lo que cree. Quien se ha jugado la vida con cierta frecuencia, sentiría como desdoro afectarse por la pérdida de algunos (o de muchos, muchísimos) maravedís.

El libro que editan y prologan Sales y Fuster cubre un espacio en los estudios sobre Blasco. Es un personaje tan excesivo, tan desorbitado, que harán falta todavía muchos libros sobre él y sobre sus obras, a pesar de contar con una bibliografía que empieza a ser ingente, y que solo en biografías nos depara más de una decena de títulos el último de autoría de su hija Libertad, *Blasco Ibáñez. Su vida y su tiempo*, coordinada por Emilio Sales y publicado en 2017, por no hablar de los aportados por León Roca, Emilio Gascó, Ramir Reig, Joan Francesc Mira, Vicente R. Alós, Paul Smith, Javier Lluch, Christopher Anderson o Javier Varela, entre otros.

«Buscar la vida y confundirse con ella», era su aspiración, según dijo en 1922. Qué enorme diferencia con la definición que Stendhal había hecho de la novela:

una novela es un espejo que se pasea por un ancho camino. Tan pronto refleja el azul del cielo ante nuestros ojos, como el barro de los barrizales que hay en el camino. ¡Y el hombre que lleva el espejo en el cuévano será acusado por ustedes de ser inmoral! Más justo sería acusar al largo camino donde está el barrizal y, más

aún, al inspector de caminos que deja el agua estancada y que se formen los barrizales.

Blasco no pasea espejos, se embarra. Y lo hace escogiendo, en cada momento, el medio que considera más provechoso para multiplicar el impacto.

El agitador embarrado, el jinete revolucionario, acude al cuento, al periódico, a la novela, al folleto, al libelo, a la película cinematográfica, a la conferencia, para contar el mundo que él ha visto, que él ha pisado, que él ha transformado o pretende alterar. No cuenta nunca la vida; cuenta su vida, sin hacer jamás autobiografía. De ahí que se agradezcan tanto sus entrevistas, en las que desgrana sus cuitas, sus huidas, sus aprendizajes, sus triunfos, sus duelos, sus reclusiones y sus moradas, sus periplos y sus proyectos.

La primera entrevista que ofrece *Sueños de revolucionario* es de 1910, apareció en *Heraldo de Madrid*, y se refiere a las andanzas argentinas de Blasco. Ha renunciado al acta de diputado y se ha ido al país americano a dar conferencias. Ha ganado cuatrocientos mil duros. El periodista le dice que está hecho un Rothschild. Entonces Blasco duda. Duda que Rothschild hubiese paseado por Argentina, Paraguay y Chile a lomos de caballo, durmiendo a la intemperie, salvando nidos de víboras y serpientes, arrojando tormentas.

André Ibels publica en septiembre de 1910 una “*Enquête sobre la mujer argentina: la opinión de Blasco Ibáñez*”, en *Gustos y gestos*, donde Blasco se explaya sobre la mujer porteña, pero donde, extrañamente, no dice toda la verdad. Casado desde 1891 con María Blasco del Cacho, desde 1906 hay una nueva (y fascinante) mujer en su vida, la chilena Elena Ortúzar, de quien se enamoró al verla pintada en un cuadro de su amigo Joaquín Sorolla. Ella también era casada, pero también en este terreno Blasco se mostró arrollador y su pasión –longeva- comenzó. Fue de tal magnitud que, por un desencuentro, Blasco llegó a escribir una novela, *La voluntad de vivir*, cuya edición acabó destruyendo y que solo se reeditó –y conoció- póstumamente. Pero a Ibels le dice aquello de «no es de una porteña de quien estoy prendado, sino de todas juntas... A mi edad, casado, con hijos, no tengo derecho a fijarme en las señoritas sino con ojos desinteresados de artista...». Los ojos de otro artista, pintor del mar Mediterráneo, le habían servido para abril los suyos, y hasta su corazón. En canal, por supuesto.

En enero de 1911 cuenta para *El Pueblo*, el diario que él fundó en 1893, su aventura colonizadora: de la nada ha hecho surgir en la Pampa y en la provincia de Corrientes, las villas de Cervantes y Nueva Valencia. Poncho, polainas de cuero y Winchester, para afirmar que «yo allí soy el héroe de Maine-Reid». La alusión no es gratuita. Muestra que Blasco lee todo lo que cae en sus manos sobre viajes y aventuras, y que recuerda al irlandés metido a trampero en territorio indio de los Estados Unidos, al expedicionario

para la conquista de Texas, al periodista de Filadelfia o al capitán de voluntarios en la guerra contra México, al campeón de *croquet*, al novelista del *far west*. Su hermano.

Ese mismo año, el Bachiller Corchuelo lo entrevista para *Por esos mundos*, la revista mensual fundada en 1900 que por entonces rivaliza con *Blanco y Negro*, *Mundo Gráfico* o *Nuevo Mundo*. Es la más larga que recoge el libro. El periodista, que en realidad se llama Enrique González Fiol es, como Blasco, valenciano. La entrevista, junto con las que realiza a Jacinto Benavente, Joaquín Serrano, Miguel Moya, Pablo Iglesias y otros acabó componiendo un suculento libro, *Domadores del éxito. Confesiones de su vida y de su obra. Transcritas y aderezadas con murmuraciones indiscretas e irrespetuosas*, que publico la Sociedad Editorial de España en 1915. Los aderezos envuelven el dialogo, en el que se descubre un Blasco que afirma que el artista debe aspirar a la fortuna económica, para así poder gastar en viajes y vivencias, sin las cuales empobrece, a buen seguro, su horizonte creativo. A Blasco, no para de decirlo, lo que le importa es vivir. Y vivir para contar. Y viceversa.

La entrevista dibuja una biografía casi completa, en la que el relator, el entrevistado, mira por la épica. Barricadas, escapadas, huidas, trincheras variopintas –la periodística, entre ellas–, aventuras, ensoñaciones, rutas, fulgores bohemios, procesos, excesos, amistades, victorias, derrotas, pasiones, ideas, presidios y libertades, componen la tonalidad de las respuestas de un escritor que se sabe centro de su texto: que se sabe su personaje.

Breve, sin embargo, es la entrevista que realiza Rafael García para *Heraldo de Madrid* en 1912, plagado de evocaciones al colonizador que ha levantado dos ciudades en los territorios argentinos de Corrientes y Rio Negro. América le hace falta para seguir escribiendo y el contacto con la tierra, con su olor y su frescura, le inspira nuevas novelas que tienen título antes de ser escritas. Aquí sabemos que Blasco se deja guiar por grandes composiciones, por miradas de largo alcance, de las que va estructurando piezas, al menos hasta que encuentra un motivo alternativo y, entonces, la infidelidad le puede. Blasco nunca se agota, simplemente cambia de escena para seguir actuando.

A veces no es él quien cambia de escena. Es el mundo. De ahí que la siguiente entrevista, fechada en 1915 y realizada por Fabra Rivas para *L'Humanité*, sea de un tono asaz diferente. La Gran Guerra ha comenzado. Y es también la guerra de Blasco. Se diría que de él más que de nadie. La Argentina quedó atrás, y ahora todas sus energías se concentran en los frentes y en las retaguardias. La guerra no sirve de nada si no se toma partido. Y no es difícil apuntar cuál es el suyo: «...este gran conflicto, provocado por el militarismo prusiano y preparado desde hace mucho por la filología de la fuerza, cuyos máximos representantes son el profesor Treitschke y el general Von Bernhardi, es un desafío mayor para todos los hombres y todos los pueblos que aman la idea de justicia, de libertad y de justicia». Y él ama esas ideas hasta sus tuétanos. Así que se declara el más fervoroso propagandista de la causa de la República Francesa y hasta recluta –sabe

a qué periódico dirige sus palabras- al ya fallecido Jaurès, con quien dice entrar en comunión al plantarle cara al imperialismo alemán. Fabra expone a un periodista que se va al frente y que, muy pronto, editará semanalmente su *Historia de la guerra europea de 1914*, con estrategia de folletón, lujo de mapas e imágenes de incontenible fervor francófilo. También hará de la guerra, pero todavía no lo sabe y no se lo cuenta a Fabra, su nuevo fresco novelístico, de donde saldrán *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare Nostrum* y *Los enemigos de la mujer*.

Blasco, que conquistó Valencia para el republicanismo, no pudo hacer lo propio con España. En Congreso de los Diputados, donde tuvo escaño, no le sirvió para concitar adhesiones a un republicanismo unitario, ni para romper los goznes de un bien trabado sistema de partidos monárquicos hegemónicos, en el que el republicanismo era residual. Cuando en 1915 volvió a España tras un año en París, en el epicentro bélico, le explicó a otro insigne republicano, Marcelino Domingo, que lo publicó en *El Pueblo*, el diario valenciano fundado por el propio Blasco, que sentía dolor. Por la posición de España ante la guerra europea, claro. Pero también por la guerra propia, la que acababa con la Hacienda y con la juventud, la pomposa guerra de África. El olfato de Blasco es evidente. La Gran Guerra será un revulsivo para Europa, que saldrá transformada de ella. España debiera salir también transformada de su propia guerra y dar paso a una democracia repleta de liberalidades y, más aún, de libertad. La aspiración blasquista.

El mismo año de 1915 El Caballero Audaz visita a Blasco para *La Esfera*. Acierta en decir que la guerra será larga y acabará en 1918, no antes. Y, puesto que la visita a su Valencia es familiar, se habla de él, que gusta comentar que su primer sonajero fue el de los cañones que reprimían la sublevación republicana de 1869 o que, aunque fuese mal estudiante, tuvo arrestos para reaccionar contra la educación católica que se le ofrecía o para abrirse al mundo de las lecturas y permitir que el demonio de la literatura lo tentase. Y así hasta el adagio de Anatole France, convencido de que unas memorias de Blasco iban a ser su más exitoso libro, por lo trepidante.

Mario Aguilar, para *El Imparcial*, descubre otra faceta del gran escarbador valenciano. Se ha entusiasmado con el cine, por su lenguaje, por su traducibilidad, por su acción. Quiere ser productor, director. Reconvertir sus novelas, hacerse guionista. Quiere llevar el Quijote a la pantalla, para que lo onírico sobrepuje a lo real, porque en el cine el sueño puede traducirse como realidad. En 1916 el periodista José Jorge Vinaixa, tan amigo suyo, para *Nuevo Mundo*, sigue con el Blasco cinematográfico que se ha hecho socio de Max André y que, con él, persigue el sueño del lenguaje universal de las imágenes cinéticas.

José Jerique, otro periodista valenciano de la escuela de *El Pueblo*, lo entrevista en Montecarlo, en 1919, para *El Fígaro*. Entrevista al triunfador que vende ejemplares por cientos de miles de su *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* en EE.UU., que allá es considerada la novela de la guerra, así, en singular. Blasco dice estar dispuesto a

emprender una aventura norteamericana. Sabía que la guerra lo iba a cambiar todo, el arriba y el abajo. Ha cambiado también la hegemonía mundial y él quiere estar en ese nuevo meollo. Francisco José Ariza lo entrevista para *Cine-Mundial* en 1920: es ya el hombre, el español, de Hollywood. Y *El Sol* quiere decirlo y lo dice de la mano de R.H. Bermúdez, para que se sepa que Blasco ha caído seducido por Nueva York y que allí va a comprar su sexta casa. Que, como todas las demás, será de paso y estancia corta, entre viaje y viaje. La posición natural de Blasco es el movimiento. Insiste José Venegas, para *El Liberal* en 1921, en el asunto de las casas –Valencia, la Malvarrosa, París, Niza, Madrid–, pero de nuevo sorprende Blasco, que entre Los Ángeles y Nueva York, lo que quiere es ir a Extremadura, para documentar proyectos novelísticos sobre conquistadores. La entrevista es magnífica y consigue una autodefinición en una sola palabra. Dice Blasco que es instintivo. Y el lector ha de recordar que el instinto es pura biología, capacidad adaptativa, y que Blasco es instinto porque es pura vida, de la que brolla.

Más cine y más novela hay en la entrevista que Blasco concede a Francillón para *Le Gaulois*. En 1922 el escritor sueña con escribir novelas que se hagan cinematográficas a través de un trabajo de síntesis y de un despliegue de medios económicos y técnicos que la industria americana es capaz de hacer. Ese mismo año declara a *El Sol* que, con Kipling y Wells, es el escritor que más dinero gana del mundo. Pura ley de oferta y demanda. Le llueven las peticiones. De artículos, de conferencias, de relatos, de novelas, de guiones. No da abasto. Aunque, con su millón de dólares, lo que a él le interesa es demostrar la centralidad española en el mundo y renegar de esos estorbos –el castillo de Montjuic, lugar de torturas y fusilamientos, como el de Ferrer y Guardia, es el símbolo escogido– que empujan a su país hacia la farsa perenne. El dicharachero García Sanchiz lo entrevista en febrero de 1923 para *Buen Humor*: Blasco está ya en la Costa Azul, gozoso de su egoísmo. Tal vez convencido de que el disfrute va a prolongarse.

Y llega Primo de Rivera, el general, el nuevo espadón, y lo cambia todo. La siguiente entrevista la ofrece Blasco en París al periodista Francisco Madrid, que escribe para *Heraldo de Madrid*. Dice no saber nada de España, trabajar a destajo para un trust americano, preparar la vuelta al mundo. La vuelta al mundo de un novelista. Pero en 1924 Carlos Madrigal, para *El Liberal* –el periódico que el entrevistado nunca ha dejado de leer–, dice que Blasco está muy fuerte y muy joven, y el escritor recuerda al Zola del caso Dreyfus. Ese año, a Manuel Bueno, para *ABC*, le dice que España no puede vivir sempiternamente anclada en el absolutismo, que está gastando su dinero en imprimir folletos contra la monarquía, que piensa distribuirlos con aeroplanos. El luchador ha vuelto. A José Montero, que lo interroga para *La Libertad*, le habla de acción.

Blasco, que con Unamuno y otros intelectuales, está dando un varapalo moral a la dictadura primorriverista, concede una hora de su tiempo a *La Publicidad* en 1927, para

seguir hablando de sus obras y sus proyectos, para reafirmar sus catorce horas de trabajo diario, para envanecerse de su carácter mediterráneo.

“La última entrevista con Blasco Ibáñez” la publicó Estévez-Ortega en *Nuevo Mundo* en febrero de 1928. Blasco acababa de morir; el entrevistador lo dice en el párrafo postrero. Y allí aparece el valenciano, en su chalet de Fontana Rosa, enamorado de la obra que aún no ha escrito más que de toda su abundante producción, enamorado del trabajo y que se entretiene con la lectura. Un Blasco lleno de proyectos, entre los que no se incluye en de su muerte.

El libro que editan Sales y Fuster acaba con una entrevista que, en realidad, era un recuerdo. Enrique de Uthoff, para *La Libertad*, en 1929, daba unas cuartillas ya publicadas en prensa americana. ¿Rememoración? No solo. Puesto que aquí Blasco muestra su secreto: siempre escuchó a la genta y nunca se envaneció escribiendo para sí mismo. Y siempre supo navegar sobre lo efímero, en vez de insolarse de perpetuidad.

Se podría pedir a Sales y Fuster solo una cosa. Más entrevistas. Porque, aunque existan las inevitables repeticiones, hay también, para el lector atento, las perlas que surgen de una verbosidad florida y mediterránea, donde lo barroco no esconde jamás que Blasco no vivió para contar. Contó porque vivió. Sales y Fuster realizan una gran labor al frente de la Casa Mueso Blasco Ibáñez de Valencia y en la dirección de la revista *Prometeo*, de estudios blasquistas. De modo que, aquello que se les podría pedir, seamos justos, lo dan y lo seguirán dando. Al menos hasta que Valencia descubra, de verdad, el tesoro escondido que es Blasco, todavía denostado por culturas palaciegas o visiones localistas y de campanario. Y, si no, como sucede en este libro... ¡que hable Blasco!